

IV.

DIGNIDAD.

Para que el soldado guarde íntegra su dignidad, tiene que ser moral y saber cuando menos sus obligaciones. Porque ¿qué dignidad puede haber en un hombre que no cumple sus deberes que no conoce, y que se infama con sus vicios?

El soldado que se porta bien y es exacto en su servicio, demuestra que tiene dignidad, pues el temor de sentir que se le aje con reprensiones ó castigos, y el noble anhelo de que lo consideren, lo estimula. Por el contrario, aquel que se conduce mal y no cumple sus obligaciones, manifiesta con ello su falta de decoro, pues se expone á sufrir penas que siempre lastiman la delicadeza.

En la ordenanza militar se expresa que *el escusarse con males imaginarios ó supuestos, de las fatigas que corresponden, prueba desidia é ineptitud para el servicio de las armas*; y yo agrego que semejante manera de proceder, prueba también la falta de pundonor en quien lo emplea. La mentira no sólo en ese caso sino en otro cualquiera es un vicio abominable; el que miente es porque en nada se estima, y ninguna estimación tiene que esperar de los demás de quien será ludibrio, pues la mentira conduce al desprecio, que es lo más doloroso que un hombre puede sentir sobre su espíritu. La verdad, mientras más contraria sea á quien la vierte, más lo ennoblece.

La envidia también envilece á los hombres y los hace ser injustos para juzgar el mérito de los demás. Indigno de almas bien nacidas es el olvidar cuando otros han derramado su sangre por su país ó han consumido su vida en las devoradoras ansiedades de la guerra ó de la política, aun cuando la ambición hubiese sido uno de sus móviles, sentenciándolos con una frase ligera, sin considerar sus sacrificios y sus vigias. Esa es una impiedad que cometen los fatuos y los envidiosos; y la envidia, dice Solís inspirándose en la verdad y la justicia, es un bajo vicio sin deleite, que atormenta si se disimula y desacredita cuando se da á conocer.

Tampoco es bueno excederse en el elogio y en las manifestaciones oficiosas, y menos con los que se encuentran en superior esfera: las oficiosidades con los hombres del poder, de parte de sus subordinados, mientras más forzadas sean, van sirviendo de termómetro para graduar la nulidad de los que las prodigan, pues al carecer éstos de valer propio, todo su mérito lo hacen consistir en el favor que alcanzan con sus demostraciones serviles. Triste recurso de que nunca se ve hacer uso á las personas que se sienten dignas del puesto que ocupan, y las cuales se hacen acreedoras á la estimación por sus méritos y sus servicios.

En la carrera militar es donde más resaltan las negras manchas que empañan el decoro, por que es una profesión de honor, y el que miente, arrastra su honra en el cieno de la desvergüenza. ¿Y qué podríamos decir de quien miente para adular? Su bajeza es abominación!

La dignidad militar es esencialmente delicada,

y siempre se debe tener el mayor esmero en no dar motivo para que se empañe.

La exageración de esta cualidad por aquellos que no es bien comprendida, produce á veces la altanería, el orgullo que tanto perjudica y que arrastra al espíritu á la insubordinación. Es preciso, pues, fijarse en no confundir una cualidad tan estimable con defectos tan dañosos.

El militar altanero, con su conducta poco comedida é irrespetuosa, es mirado con aversión por sus compañeros y sin consideración por sus superiores, y sus faltas nacidas del orgullo que ciega, le originan castigos con que se le humilla al fin necesariamente.

El que sabe, pues, apreciar en todo su valor su dignidad, debe procurar no dar motivo alguno para que lastimen su delicadeza.

La verdadera dignidad está muy lejos del orgullo necio, de la altanería insolente, y es una de las más bellas cualidades militares. Ella hace que el soldado se aparte siempre de los hechos vergonzosos, sobreponiéndose á veces á muy difíciles circunstancias. Sin esa cualidad no se concibe nada noble.

La dignidad, en fin, imprime un sello de grandeza en todos los sucesos de la vida de los hombres ó de las naciones, ya sean aquellos felices ó desgraciados.

Así vimos sucumbir dignamente á la desdichada Polonia, acuchillada desde 1772 hasta hace unos pocos años, por el filo del pesado sable ruso, y la memoria de ese noble pueblo será por eso siempre respetada.

En la historia de su destrucción hay episodios verdaderamente sublimes. Entre otros se recuerda el de unos quinientos polacos, que habiendo sido destinados á servir como soldados en el ejército de los enemigos de su patria, se les pedía el juramento de fidelidad á sus tiranos, y mejor prefirieron el destierro y la muerte que hacer una falsa promesa que infamaba su honra.

España, cuando en 1808 fué invadida por el victorioso ejército francés, á pesar de estar gobernada por un rey bajo y cobarde, debió su independencia á la dignidad del pueblo, que herido en su amor patrio, se levantó ahogando en sus robustos brazos á sus armipotentes opresores, aunque para ello tuvo que hacer el sacrificio de mil héroes.

La dignidad no transige jamás, y prefiere el sacrificio de la vida á la vergüenza.

¡Infamia y deshonor, es la única perspectiva de un hombre ó de un pueblo sin dignidad, y el soldado que tan levantada debe tener su alma, que se inspire siempre en tan bella, tan noble cualidad!

V. DISCIPLINA.

La disciplina no sólo consiste en la obediencia, que es su base, sino también en la moralidad é instrucción de las masas; de instrucción y moralidad ya hemos tratado y nos fijaremos hoy más especialmente en la subordinación.

Por lo que hace á la disciplina, es tan indispensable en el ejército, que sin ella el conjunto de soldados no es más que una reunión de hombres armados que amenaza no sólo á la sociedad, sino á los jefes que pretenden dominarla. Es un torrente que se desborda sin que haya ningún dique que lo encauce y encamine á su objeto, destruyendo lo que encuentra al paso; ni respeta el ajeno hogar, ni la propiedad, ni la honra. Una fuerza sin disciplina, no pertenece á lo que verdaderamente se llama ejército.

Cualquier oficial que se ponga al frente de una tropa, debe nutrirla en los sanos principios de la moralidad, instruirla y hacerla observar la más exacta subordinación. La subordinación es la base, como antes dije; sin ella no hay soldados, ni hay jefes; todo se confunde en el horrible embolismo de un desorden peligroso: no se respetan las categorías ni las leyes, y se da rienda suelta á los más groseros instintos de una aglomeración de hombres que se fermenta en sus pasiones.

El oficial á quien falte energía para imponer la obediencia, debe separarse inmediatamente del ejército; no puede cumplir con su misión y es un crimen que permanezca en un puesto donde tanto daño causa su debilidad.

Siempre que se perdona, cuando se trata de satisfacer la vindicta militar, queda burlada la justicia; porque el perdón en asuntos trascendentales sobre delitos que dañan á una institución tan delicada como la del ejército, implica complicidad.

El que perdona es cómplice del delincuente, sentando el principio de la impunidad que alienta

á los criminales, trayendo la desmoralización en las masas.

La justicia ha de ser uniforme, sostenida y consecuente en todos los actos; el que representa á la justicia falta á su obligación cuando no la deja satisfecha, y debe ser castigado por su lenidad que origina la indisciplina, con la que se hiere mortalmente la institución militar.

El superior en todo caso debe reflexionar antes de dictar una orden, para mandar precisamente aquello que puede y debe hacerse. Muchos hay que engolfados en las prerrogativas del mando, hacen consistir su energía en disponer que se lleven á efecto cosas que se hallan fuera del alcance de quien debe ejecutarlas, y esto es un absurdo que la razón rechaza; al fin no se cumple con lo mandado, porque no se encuentra en la esfera de lo posible, y en tal circunstancia, ó se castiga con marcada injusticia al supuesto infractor, ó hay que conformarse con la falta de cumplimiento; en el primer caso se obra sin equidad irritando naturalmente el ánimo de los subalternos, y en el segundo se les mal acostumbra á no atender las disposiciones superiores. De todos modos, mandar así es exponerse á no ser obedecido, evidenciando ridículamente la autoridad que se representa.

Es preciso, pues, lo repito, ser sostenido é igual en el mando, y para conseguirlo, ordenar siempre lo que puede y debe hacerse, sin dejar nunca sin castigo una falta de subordinación.

El que es mandado, por otra parte, cualquiera que sea su categoría, debe tener presente que no obedece el capricho de un hombre, sino el espíritu

de las leyes, y que sirve á la nación al ejecutar las órdenes del que manda; por eso hay dignidad en la subordinación militar: ella es el cumplimiento del honroso deber para con la patria á quien debe servirse con abnegación.

Así pues, como es preciso ser obedecido, se debe rendir respeto al superior; ésta es la escala ascendente de la poderosa fuerza moral de una tropa. Por eso la subordinación, siendo una obligación, llega á elevarse á la categoría de virtud en el soldado, puesto que debido á ella se han llevado á efecto mil heroicos hechos. El poder inmenso de la disciplina comienza en la obediencia, y todo militar mandando ú obedeciendo debe templar su espíritu en la subordinación, ejercitándola hasta en los asuntos más insignificantes del servicio, para que llegue á ser una costumbre invencible, un instinto formado por esa costumbre. Sólo así se explica que á la voz del jefe avance, como impulsada por el galvanismo, una porción de hombres en medio de la destrucción y de la muerte, y triunfe de todos los peligros y todas las fatigas.

Las tropas disciplinadas son las que siempre han llevado á cabo los más grandes hechos, por pequeñas que hayan sido en número. Son un mecanismo que con perfecta armonía obedece el impulso que se le da, secundando con inteligencia y actividad el pensamiento del que manda: ya firmes como las rocas que resisten el embate de las olas embravecidas, contienen el arranque de sus enemigos, ya rápidas como un meteoro, los envuelven y los destruyen. En la defensa, son un dique en que se estrella el ímpetu más poderoso; y en la acción, son el rayo que hiere antes que el relámpago se

mire. La tropa disciplinada será en la guerra lo que su jefe quiera que sea, porque depende enteramente de su voluntad, así como una banda de fuerzas inmorales son una positiva calamidad para la causa á que se unen, un peligro siempre creciente á cuanto les rodea, una cantidad negativa en el problema de la victoria.

Napoleón I disciplinó á su ejército y conquistó medio mundo.

Con treinta mil soldados empezó la campaña de Italia en 1796, llegó hasta Austria bajo los arcos triunfales que la gloria de sus batallas levantara; derrotó á ejércitos muy numerosos en esa época de pocos meses, hizo más de ciento cincuenta mil prisioneros, y dictó, por último, la paz en Campo Formio. Siendo éste el primer período de los gloriosos hechos de ese ejército francés, cuyo valor consistía en la disciplina que le inspiró el gran capitán.

Alejandro el Grande, instruido por los hombres más sabios de su tiempo, comprendió que la más poderosa palanca de acción en las tropas, es la disciplina; y desde que tomó el mando de las suyas, se las impuso por cuantos medios estuvieron á su alcance, logrando así dominar en todas partes, con un ejército que más valía por su buena organización que por su número; y entre sus hazañas se registra la de que en defensa de Grecia, hace veintidós siglos, batió á trescientos mil persas con sólo veinte mil hombres.

No me cansaré nunca de recomendar que la más severa disciplina se guarde siempre en toda tropa para que ella sea útil. Como al principio ex-

pongo, ésta no sólo consiste en la subordinación, que es su principal componente, sino que también requiere la instrucción y la moralidad.

La historia del pasado y los hechos del presente, nos demuestran hasta la evidencia que la disciplina es la base en la organización de un ejército; es la vida que se difunde en todos los hombres de que se compone, dándoles aliento para cumplir un mandato; y metodizando el movimiento, hace flexibles á las masas arrastrándolas á la victoria; las hace obedecer como por magnetismo una orden, que cual la electricidad se comunica y con sumisión se ejecuta.

VI.

VALOR.

El valor lo tiene aquel que estima su dignidad: por más que el instinto de conservación quiera apartarlo del peligro, el honor lo hace dominarse sobreponiéndose á todo. Más marcado aún es el valor del que ama la gloria: el amor á la gloria ha formado á los famosos guerreros. A más del valor de la dignidad, hay otro valor con que se nace, que está en el organismo del individuo. El hombre que reuna los dos valores y que tiene anhelo de distinguirse, fácilmente lo consigue.

Hay una distancia inmensa entre el valor activo y el pasivo: el primero es el del héroe que entusiasta lucha y vence ó muere; el segundo es el del mártir que inerme se sacrifica.

Todo hombre es susceptible de sentir el valor con más ó menos intensidad, y entre los soldados mexicanos es casi común esa virtud.

El espíritu grandioso que se dilata en el peligro, que se enaltece y lo domina, ese tiene el valor insigne del soldado, que viene de la grandeza del alma, de la dignidad, de la disciplina, y nace de ese impulso soberano que arrebatando los latidos de un ardiente corazón, lo exalta al heroísmo, sin recuerdos de la vida, sin temores á la muerte; porque presenta ante la imaginación el campo ilimitado de la gloria, que con su brillo espléndido hace desaparecer las mezquindades de la tierra.

Ese valor que brilla, que deslumbra en los héroes; ese entusiasmo inmortal que los alienta, es la ansiedad de lo infinito, es el alma que no cabe en el mundo, que vuela sobre el mar tempestuoso de la guerra, que se abalanza á la muerte y que se abisma por último en la gloria. . . .

Quién no comprende ese impulso soberano en Napoleón el Grande, cuando allá en remotas tierras, rodeado de pueblos enemigos, al mirar las antiguas pirámides de Egipto, exclama inspirado al frente de sus tropas: "Soldados, de lo más alto de esos monumentos, cuarenta siglos nos están mirando?" Aquel hombre no se contentaba con que el mundo admirara las proezas de su ejército y quería para espectadores de su grandeza á los tiempos eternos, como Dios.